

UMBRAL

¡FELIZ ADVIENTO! ¡FELIZ TIEMPO DE NAVIDAD!

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Cuesta trabajo, en un ambiente cada vez más dominado por la publicidad comercial—dentro de la que se sitúa también la “venta” de las imágenes de los gobernantes y políticos en “espectaculares” de mal gusto—captar el significado cristiano del adviento y la celebración de la Navidad. Este tiempo, sin embargo, ocupa varias semanas en el calendario litúrgico.

Al anuncio híbrido de “nuestras tradiciones” con motivo del día de los fieles difuntos, que incluye un vacío ¡Feliz Halloween! (¿Qué puede querer decir esa frase?) y concursos de “altares de muertos”, costumbre tal vez del centro del país, pero con arraigo reciente gracias a la televisión en el Occidente mexicano, se ha agregado una fiesta consumista llamada “el buen fin”, remedo mal hecho del “black Friday” (“viernes negro”) que sigue en Estados Unidos al cuarto jueves de noviembre, conmemoración de la “acción de gracias” de un ficticio acto pacifista a la llegada de los “peregrinos” del barco Mayflower a las costas atlánticas de lo que es actualmente esa nación nortea. Tal parece que lo importante para vivir bien es comprar, comprar y seguir comprando.

El adviento nos llama a la reflexión, a aprovechar lo largo de las noches y las constelaciones celestes visibles más que en el resto del año, para admirar la creación divina, la grandeza depositada en el corazón del hombre que es “imagen y semejanza” y reconocer la necesidad de ir sembrando semillas de esfuerzo y apertura para poder recibir al pequeño niño de Belén que, frágil y necesitado, es el “Príncipe de la Paz” y el redentor de la humanidad.

La liturgia de adviento se integró en la forma actual apenas con la reforma del Concilio Vaticano II, pero tomó para la selección de lecturas, algunas de las viejas liturgias occidentales, como la ambrosiana del gran pastor y catequeta San Ambrosio de Milán y se ha incentivado la “corona de adviento”, que con las tonalidades de graduación cada vez más luminoso de las velas que se encienden semanalmente, va preludiando el gozo del nacimiento en el pesebre que no acunó a un infante marginal sino en realidad al mundo entero y sus esperanzas más auténticas. De hecho el color morado dominante para las celebraciones, escogido no tanto como señal de penitencia sino como signo del esfuerzo por percibir la grandeza en la pequeñez, pues en la antigüedad ese color era el más difícil de adquirir y fijar, cede su lugar al rosa el tercer domingo y las velas de la corona han de

pasar de un morado intenso a un lila, después al rosa y finalmente, como presagio inmediato del gran acontecimiento, al blanco en la cuarta semana.

Las lecturas cuya proclamación se hace en estos días llevan un trasfondo profético y esperanzador: queda primeramente la figura de Isaías, aquél que alabó la hermosura de “los pies del mensajero que anuncia la paz”. Más adelante aparece Juan el Bautista, la “voz que clama en el desierto: preparen los caminos al Señor” y en los nueve días previos a la Noche Santa, la Virgen María, la “doncella de Sión”, la “bendita entre todas las mujeres.” Ella esperaba a su hijo, ella peregrinó como exiliada y encontró “que no había lugar para ellos en el mesón”, pero no desfalleció en su confianza en que el anuncio que había recibido en Nazaret por medio de Gabriel el arcángel, era voz gozosa, palabra veraz e irreprochable en su feliz profundidad.

Las “posadas”, que acompañan reposada y alegremente el camino de los peregrinos que van a Belén, sí están en el núcleo de nuestras tradiciones, arraigadas desde la primera evangelización franciscana y unidas al “nacimiento”, cuyo origen se debe al santo de Asís. Ha habido, y es digno de alabarse, una cierta restauración de esta bella tradición, pero no pocas veces se han entremezclado “pastorelas” que, por desgracia, desbordan la ingenua picardía que las ha caracterizado, con diálogos vulgares, procaces y de poco o ningún mensaje constructivo. También la “cultura” televisiva las ha afectado.

Está cerca ya este hermoso tiempo para el cual la preparación principal de nuestros corazones ha de ser la de recibir y celebrar, pero no regalos caducos o festejos fatuos que dejen mal sabor de boca o hieran la convivencia, sino el regalo de los regalos: la gracia de Dios que se derrama abundante en esta especial época del año.

Démosle importancia al seguimiento tranquilo de la liturgia de adviento, a la restauración de las posadas familiares, a la puesta del “nacimiento” en la casa por niños y adultos, a la preparación del corazón y del ambiente para la llegada de Aquél que “no vino a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por todos.”

¡Feliz adviento! ¡Feliz tiempo de Navidad!